

Atentado en mi barrio

José L. Rozalén Medina

Catedrático y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

Ha llegado el dolor y la sangre a mi barrio. Todas las mañanas, con las sombras del amanecer aún colgando perezosamente de las farolas, doblo con mi coche la esquina de la Avda. de Badajoz en su confluencia con la calle de Torrelaguna, en donde esta mañana las esquivas del odio y de la irracionalidad han llenado de humo negro y de miseria moral el aire de Madrid, matando a tres personas e hiriendo a otras muchas de forma absurda e indiscriminada.

Cada mañana, mientras la música de Mozart y Bach aligeran mi espíritu y lo preparan para la nueva jornada, voy pensando (en un último repaso mental de algo que va perfectamente preparado en mis esquemas y libros) en los temas que debo abordar aquel día con mis alumnos: De la búsqueda de la verdad como irrenunciable meta de la humanidad, de la salida necesaria de la lóbrega caverna platónica hacia la luz del Bien y la Justicia, de la tecnología que debe estar siempre al servicio del ser humano, de la lucha por la utopía para erradicar la pobreza del mundo, del entendimiento y la solidaridad entre todos los pueblos y culturas que componen este abigarrado y magnífico país...

Mientras voy pensando y proyectando, veo cada amanecida el bullir de la gente y me siento identificado con ella: Todos vamos a empezar un nuevo día, a trabajar con ilusión y coraje, cada uno en su labor, para ganarnos el pan con dignidad, para mejorarnos a nosotros mismos, para construir entre todos una nación más justa, culta, abierta, racional y feliz.

Cuando llego cada día precisamente a la esquina en la que hace unas horas han vuelto a sembrar la muerte, soy capaz de reconocer como familiares la mayoría de las caras que están esperando bajo la marquesina el autobús 53, las que avanzan por las aceras, las que salen de sus portales, las que se meten a desayunar en las cafeterías de la zona... En fin, capto con íntima satisfacción el ritmo de la ciudad, el cálido corazón del barrio que se despereza y empieza a latir.

Muchos días me cruzo con el 53 ya repleto de estudiantes, empleados, ejecutivos, obreros, amas de casa, jubilados madrugadores..., todos con cara de sueño, pero esperanzados en que el día que entonces echa a andar nos traiga a todos la pequeña felicidad posible. Incluso, de tanto verlos, conozco la cara de la mayoría de los conductores del autobús 53 (el

autobús del barrio), seguramente también la del joven conquense (mi paisano) que conducía hoy el vehículo y que ahora mismo se debate entre la vida y la muerte; «el 53», ese autobús que en muchas ocasiones nos lleva al centro de la ciudad, al teatro, a una exposición, a un concierto, a la cita con unos amigos..., y ahora, destrozado, malherido, quemado, me parece casi heroico porque, con su corazón de chapa triturado, como escudo protector, ha salvado de la muerte segura a muchas personas que transitaban por las aceras.

En estos momentos estoy desolado. Cuando la policía ha permitido el paso por la zona tras las lógicas precauciones, he bajado a la esquina y he contemplado con emoción contenida la escena: restos de sangre en el suelo, paredes quemadas, cristales rotos, mobiliario deshecho, fachadas torturadas por la tremenda explosión, heridos y familiares llorosos, vecinos excitados y muy tristes...

Me parece mentira que mi barrio tranquilo, amable, integrador y acogedor, esté sufriendo tanto; mi barrio, en el que conviven pacíficamente gentes de diversas profesiones y actividades, en donde hay árboles y pájaros, y niños y jóvenes que acuden a los colegios e

institutos que hay en él llenando el aire de gritos y jolgorio, en donde hay una mezquita como ejemplo de hermanamiento de culturas y religiones, y un tanatorio en donde se vela en paz a los que se mueren sin violencia, y un hotel, y oficinas, y una clínica geriátrica, y un centro para disminuidos psíquicos, y panaderías, y tiendas, y supermercados, y gentes normales que pasean en paz al atardecer, cuando, por entre los rascacielos de enfrente, en bellísimos ocaso otoñales, el sol de Madrid se hunde en dirección a la sierra y nos dice «hasta mañana».

En este estado de amargura, de decepción, de profundo desfondamiento, pregunto a los que han matado una vez más, a los que impunemente han segado la alegría de tantas personas, a los que han cercenado el manantial de la esperanza: «¿Para qué? ¿Por qué? Decidme: ¿De qué puedo hablar yo mañana a mis jóvenes alumnos? ¿Es que no les vais a dejar a ellos, a todos nosotros, hombres y mujeres de buena voluntad de Euzkadi, de España entera, un espacio para el diálogo y la democracia, un lugar para la libertad, una luz para la esperanza?»

¿Por qué no hacéis un esfuerzo? ¿Es que vosotros no tenéis familia, no tenéis padres e hijos, no tenéis pueblo o ciudad, calle o barrio en donde cada amanecer, al salir el sol, cada atardecer, al ocultarse en el ocaso, todos quieran vivir en paz? Dejadme que cada mañana pueda seguir hablando esperanzado a mis alumnos de solidaridad y entendimiento, de diálogo y no de pistolas, de tolerancia y respeto a los derechos humanos, de la búsqueda de la dignidad y la justicia para todos los pueblos de la Tierra, de LA VIDA, de LA VIDA, de LA VIDA, el BIEN MÁS MARAVILLOSO QUE DIOS NOS DIO Y QUE NADIE NOS PUEDE ARREBATAR IMPUNEMENTE.

AL CIPRÉS HERIDO EN EL ATENTADO

(EN LA NOCHEBUENA)

Con su costado verde malherido,
anohecida ya la Nochebuena,
el ciprés, con llanto estremecido,
lava en lluvia su solitaria pena.

La maldad del terror ha oscurecido
la altiva frente de su gris melena,
y en sus hojas masacradas han venido
a anidar mil gotas de agua buena.

Esquirlas de plomo han invadido
la savia de su corazón, cercenan
su entraña odios que han nacido
en mentes podridas, gestos de hiena.

Tres rosas en el tronco retorcido,
—oscura metralla segó sus venas—,
han colgado, blancas, amores perdidos,
holocausto inútil de muerte y cadena.

Silencio en las calles, fragores huídos,
cantares de fiesta, paz, sombras llenas
de esperanza; el ciprés, ya dormido,
espera la luz de otra Nochebuena.

José L. Rozalén Medina
Madrid, 24 de diciembre, 2000

